

# Semprún: memorial de ausencias

Angel G. Loureiro

*Adiós, luz de veranos...* (Barcelona, 1998) de Jorge Semprún es un relato de pérdidas y descubrimientos, de descubrimientos de cómo la pérdida conforma la identidad y marca todo relato del pasado. Como todas las obras de Semprún, bajo los meandros de su narrativa se puede discernir en *Adiós...* una sabia y cuidada estructura. Cada una de las cuatro partes de la obra (en las que, en orden fundamentalmente cronológico, Semprún narra episodios de su infancia y adolescencia) explora las ramificaciones de un tema central que vertebra la narración, la cual se desarrolla con los vaivenes temporales y temáticos peculiares de su escritura.

En la primera parte, Semprún atiende a sus tempranos recuerdos en el Madrid de su infancia (período que fue interrumpido abruptamente por el comienzo de la guerra civil) y a las peripecias de su familia en busca de refugio en el exilio, inicialmente en Francia y luego en Holanda, con retorno posterior al primer país, en el que Semprún se afincaría definitivamente. Aparece así desde el principio el tema dominante en esta autobiografía (y en la mayor parte de la obra de Semprún): el desarraigo, el extrañamiento. La segunda parte se explaya en torno a su descubrimiento de la sexualidad (en sus años del liceo en París) y al deslumbramiento que le produjo la lectura de *Paludes* de André Gide. Si en la primera parte Semprún narra la experiencia de los primeros momentos del destierro, en la segunda parte el futuro escritor asume su desarraigo, su extranjerismo perpetuo y, simultáneamente, decide adoptar la lengua francesa, y la comunidad formada por los escritores en esa lengua, como segunda patria.

Semprún narra en la parte siguiente su descubrimiento de París, ciudad que recorre incansablemente con la ayuda de una guía Baedeker. Si ésta le sirve para orientarse en la geografía de París, el ser de esa ciudad, su significado, lo va descubriendo Semprún no por medio de esa guía turística sino con la ayuda de escritores como Baudelaire, cuyo poema «La transeúnte» (en el que el poeta sigue a una parisina, seducido por su apariencia) resume la temática del capítulo. Centrado en el descubrimiento de la sexualidad, este capítulo tercero culmina con la enunciación de la verdad de la sexualidad para Semprún: en ella no se trata de conseguir la propia satisfacción sino el placer del otro. Esta revelación, que Semprún tiene a sus 16

años, condensa, de hecho, la «realidad» del yo en su sentido más general, pues el yo es ante todo responsabilidad hacia el otro, con quien tiene contraída una deuda impagable.

Esa verdad acerca de la sexualidad (y del yo), esa deferencia hacia el otro, se reafirma en la cuarta parte, centrada en Biriattou, el espacio fronterizo entre España y Francia que tanta importancia ha tenido en la vida de Semprún y que sirve de oportuno emblema para su sentido de la existencia, pues por ser un espacio fronterizo, entre dos tierras, actualiza permanentemente la pérdida (de España como tierra propia) y la no entera pertenencia al nuevo espacio (Francia). La elección de esta tierra de nadie como lugar deseable para su tumba (pág. 213) reafirma la autodefinición de la identidad propia como pérdida, como instalación perpetua en una tierra de nadie. España es ante todo lo desaparecido (el Madrid de la infancia, el Santander de las vacaciones estivales) y Francia es sólo una patria provisional. Semprún pertenece a ambas y a ninguna.

Y al fondo, la muerte, marcándolo todo de principio a fin y enmarcando el relato: muerte de la madre al comienzo del libro y afirmación de la muerte propia al final, recogida en los versos de Baudelaire que dan título a esta obra de Semprún y de los que el escritor se sirve para cerrarla: «Caeremos muy pronto en las frías tinieblas; / ¡adiós, luz de veranos que se van tan aprisa!» (pág. 243). Entre esas dos muertes, entre esas dos ausencias, se desenvuelve el yo desarraigado, el único yo posible, el yo marcado por la muerte no porque esté destinado para la muerte, porque sea conciencia de ese destino, sino por estar conformado, desde siempre, por la muerte del otro, por ese recordatorio de la ausencia que nos constituye.

Espacio, sexualidad, memoria y yo aparecen así entrelazados en *Adiós, luz de veranos...* por un rasgo común: la dislocación del sujeto y el ineludible encuentro con el otro como sostén de la identidad propia. No sólo la pérdida sino, por supuesto, su complementaria búsqueda dominan esta obra de Semprún en la que predomina el callejeo infinito y en la que los espacios son fundamentales: espacios en los que el yo, siempre en fuga, nunca acaba de ubicarse, pues el yo es siempre desencuentro consigo mismo. Y no sólo el yo desterrado. Todo yo. O, dicho de otro modo, todo yo es un yo desterrado. En su insistencia en ausencias y desarraigos, *Adiós...* es una autobiografía paradigmática por cuanto toda autobiografía no consiste en un acto en que un yo sustancial reproduce, más o menos imperfectamente, un pasado, sino que aquellas autobiografías que reclaman insistentemente nuestra atención, desde las *Confesiones* de San Agustín y de Rousseau hasta hoy, testimonian que el yo no es un ente sustancial sino un huésped de fantasmas y dan constancia además de la espectralidad del mundo fenoménico, de su provisionalidad, de la necesidad perpetua de su reconstitución.

El yo no es una sustancia, un asiento, una sede, un fundamento. Desmoronando una historia de la filosofía que busca en el sujeto un fundamento último (de Descartes a Husserl), en obras como *De otro modo que ser, o más allá de la esencia* (Salamanca, 1987) Levinas propone que el sujeto no comienza en sí mismo, que el sujeto no es un principio, sino que el otro siempre le antecede: el yo se constituye como respuesta al otro, como *responsabilidad* hacia el otro que le precede. El sujeto es así depuesto por un otro que va a marcar no sólo todas las acciones del sujeto sino también su propio autoentendimiento. A este estadio en el que se origina el sujeto como respuesta a un otro que le antecede lo denomina Levinas el territorio (fuera del tiempo, antes del tiempo) de la ética, la cual no debe confundirse con la moral, con el conjunto de normas que rige nuestras acciones en el mundo. Sin esa originación del sujeto en la llamada del otro sería difícil imaginar la necesidad de seguir preceptos morales (Levinas rechaza las teorías que explicarían la moralidad por la firma de un contrato social). A ese momento fundacional del yo como respuesta al otro que le antecede se superponen luego las exigencias derivadas de la vida en común, pues el yo no se mueve en un mundo en que sólo existe el otro, sino en un entorno sociopolítico en el que además del otro existe un tercero. En consecuencia, a la responsabilidad originaria hacia el otro se añaden las obligaciones que emanan del tercero: surge así la necesidad de sopesar, de decidir, de adjudicar o, en otras palabras, aparecen así el conocimiento, el juicio, la necesidad de decidir. Ese es el mundo (nuestro mundo) de la política, de lo social, del conocimiento, de la moral.

El comportamiento diario en el mundo sociopolítico, regido por la moral, exige la superación de la ética pretemporal (si no pasara de la ética a la moral, el sujeto existiría en una adoración perpetua del otro), pero bajo las sopesaciones, los cálculos y las claudicaciones del comportamiento moral, bajo las exigencias e incongruencias de la actividad política, pervive la responsabilidad por el otro, pervive el «recuerdo» intemporal de la deuda impagable que el yo tiene hacia el otro.

Entendido el yo de esta manera, como instancia derivada del otro, queda arruinada toda teoría de la autobiografía que se asiente en un entendimiento del género como reproducción o representación del yo y del pasado, del yo del pasado. La autobiografía no recupera el pasado ni el yo ido, ni tampoco reproduce el yo del presente de la escritura, aunque estas ilusiones puedan guiar, y de hecho deban guiar, la escritura del autobiógrafo. Son ilusiones necesarias, ineludibles, sin las cuales no habría escritura autobiográfica, la cual va a ser, por otra parte, un esfuerzo siempre vano de recrear o recordar el pasado. Pero en ese fracaso en busca de la verdad, en esa

ilusión, siempre se afirma, en las mejores autobiografías (aquellas que nos impresionan, que recordamos y releemos) una verdad indudable. No la verdad (imposible) de la reconstrucción del pasado, sino la muestra de la huella del otro en el yo, en su memoria y en su autoescritura. El yo no es una sustancia sino un huésped de espectros. Desde esta perspectiva en la que el yo sólo puede acceder a sí mismo pasando siempre por el otro, la aprehensión y representación de la realidad, tanto la del pasado narrado como la del presente de la escritura, estarán marcadas por la mediación del otro, por la deferencia del yo hacia el otro, por la imposibilidad de dar sentido a la realidad sin la ayuda del otro. En éste sentido, la fenomenalidad del mundo se revela siempre como espectralidad (para una explicación más detallada de esta concepción de la autobiografía véase mi libro *The Ethics of Autobiography. Replacing the Subject in Modern Spain*, Nashville, 2000).

En lo que tiene de clara ejemplaridad de esta concepción del yo y de la realidad, *Adiós, luz de veranos...* es una autobiografía paradigmática, como también lo es *La escritura o la vida*. Por consiguiente, las experiencias de Semprún, nada usuales (muerte de la madre en la infancia del escritor, exilio a los 14 años, necesidad de adaptarse a un nuevo país, internamiento en Buchenwald a los 19 años, etc.), le permiten a un escritor de su lucidez ser receptivo a las profundas revelaciones contenidas en unas experiencias que siendo tan singulares, tan personales, revelan sin embargo un funcionamiento del sujeto y una aprehensión de la realidad comunes a todos. Toda experiencia personal es profundamente singular pues, como señala Levinas, nadie puede reemplazarme, nadie puede ser responsable por mí, por las contingencias de mi existencia: ahí radica la singularidad de cada sujeto pero también lo que tiene de común con los otros. Si nadie puede hacerse cargo de mi responsabilidad no es porque el sujeto sea una sustancia singular, sino porque nadie puede responder por mí. Pero, en consecuencia, la singularidad del sujeto no consiste en su sustancialidad sino en su dependencia del otro: esa es precisamente una de las revelaciones más consecuentes de las obras autobiográficas de Semprún, las cuales relatan experiencias tremendamente singulares pero que muestran simultáneamente lo que tienen de profundamente comunes, pues todo sujeto está constituido por los espectros que lo habitan, por los fantasmas del otro con los que está en constante diálogo.

Además de mostrar la falta de autosuficiencia del sujeto, las autobiografías de Semprún revelan además las faltas o espectralidad del mundo fenoménico, el cual está marcado fundamentalmente en las obras de Semprún por la pérdida y su correlativo deseo, pues tanto pérdida como deseo tienen

en común el anhelo del sujeto por alcanzar un objeto que está siempre más allá de su alcance. Tras referirse al misterio y la emoción que le producían en su infancia la biblioteca de su padre y el armario de las ropas de su madre, Semprún enlaza esas emociones: «Aspiraba las páginas de los libros como la seda de la ropa interior de mi madre, con el mismo deseo infantil, doloroso, de saber y de posesión» (pág. 43). Saber y posesión, conocimiento y deseo, obedecen a un impulso semejante, a la ilusión de controlar un objeto (la «realidad» o el objeto del deseo) inasible, siempre en fuga, siempre presente pero al mismo tiempo ausente, con una presencia embargada de ausencia: el oler la ropa interior de la madre (la única forma permisible de deseo por la madre, en la que el objeto está, debe estar, para siempre fuera del alcance del sujeto) es semejante al libro por leer, al saber por adquirir, saber que, una vez alcanzado, dejará ver que el mundo se escapa todavía a la aprensión del sujeto, pues el saber es ante todo deseo de saber más, conocimiento de la ignorancia, conciencia de que el objeto del saber es inagotable. Y lo mismo sucede con el acto autobiográfico: como reconoce Semprún «todo relato autobiográfico es por definición infinito; la palabra ‘fin’ no marca sino un tiempo de suspenso, una cesura o respiro; o sencillamente señala la imposibilidad provisional de ir más lejos, de cavar más hondo» (pág. 238). Como el deseo perpetuamente diferido y el conocimiento siempre inabarcable, el pasado (y no digamos, y si cabe aún más, el presente) aparece siempre en fuga permanente en la escritura autobiográfica.

Si el pasado está siempre más allá del hacer de la escritura, el presente es igualmente inaprensible, revela siempre su distancia o diferencia consigo mismo. Semprún muestra su conciencia de esta distancia, que él atribuye en su caso al desarraigo causado por la guerra civil. En las primeras semanas del exilio, escribe, con «la pérdida de todos los puntos de referencia habituales (lengua, costumbres, vida familiar)» fue cuando surgió «el hastío vital que me embarga desde entonces» (pág. 58), «la sensación de ausencia de mí mismo en el mundo», la impresión de «radical extrañamiento» (pág. 59). Aunque esta experiencia de Semprún es singular en sus peripecias, la impresión de extrañamiento resultante de una experiencia tan desgarradora no deja de ser común. La diferencia entre la conciencia que tiene Semprún de ausencia de sí mismo y la que puedan tener, o dejar de tener, muchos otros individuos, radicaría en que el escritor tiene la lucidez de sacar las radicales conclusiones mostradas por esas experiencias desgarradoras. Pero el extrañamiento ante el mundo y ante uno mismo no es simplemente resultado de experiencias singulares sino sobre todo una consecuencia de la deuda que tenemos con el otro que nos antecede, con esos